

EL MOVIMIENTO

NACIONAL - SOCIALISTA DE CHILE

(M. N. S.)

Declaraciones fundamentales - Plan
de Acción - Organización - Programa

Debemos reaccionar, pero no para restablecer un pasado ya definitivamente ido, ni para mantener un presente que nuestras conciencias no pueden aceptar, sino que para forjar un futuro grandioso, que coloque nuestra nacionalidad en un plano hoy ni siquiera soñado.



IMPRESA "LA TRACCIÓN"
FONTECILLA 268
SANTIAGO-CHILE
1932

EL MOVIMIENTO
NACIONAL - SOCIALISTA DE CHILE

**COMO ÚNICA SOLUCIÓN DE LA CRISIS
POLÍTICA Y SOCIAL DE LA REPÚBLICA**

Discurso pronunciado por el JEFE DEL M. N. S.
DON JORGE GONZÁLEZ VON MARÉES, en la primera
asamblea NACISTA, celebrada en Santiago de
Chile el 21 de Junio de 1932.



IMPRESA "CONDOR"

FONTECILLA 268

SANTIAGO DE CHILE

1932

EL MOVIMIENTO NACIONAL - SOCIALISTA DE CHILE

En la historia política y social de Chile pueden distinguirse dos etapas perfectamente marcadas. La primera, se extiende desde los comienzos de nuestra vida independiente hasta el año 1920; la segunda, se inicia con la ascensión al poder del Presidente Alessandri, y continúa hasta nuestros días.

La primera de estas fases de la historia de Chile se caracteriza por el predominio, sin contrapeso, en todas las actividades nacionales, de una oligarquía plutocrática. Los destinos de la nación están, en esa época, entregados por entero a los grandes terratenientes de la zona central del país, que dirigen la cosa pública desde los salones de la aristocracia santiaguina. Sólo por excepción algún espíritu selecto que no pertenezca a la categoría social de los dirigentes, logra tener entrada en esos círculos, que constituyen la antecámara obligada de quienes aspiran a ocupar algún sillón en el Congreso o en la Moneda.

Los problemas que en esa etapa de la vida nacional apasionan a la opinión pública son de orden meramente constitucional o doctrinario. En el parlamento, en las asambleas de los partidos y en la prensa se quie-

bran lanzas en defensa de los principios políticos proclamados por los revolucionarios franceses como verdades inconcusas, y se derriban ministerios y se enardecen hasta la exasperación los ánimos, por las divergencias de opinión que se suscitan con motivo de la interpretación de algún precepto de la Constitución Política del Estado.

Los problemas económicos y sociales, las aspiraciones de clase y los conflictos que ellas suscitan, sólo en muy contadas ocasiones llegaron en ese período a preocupar seriamente a los hombres dirigentes y a la opinión del país. Las doctrinas socialistas y de solidaridad humana, puestas en boga a comienzos del siglo pasado en el viejo continente, no podían prosperar en un pueblo que aún no había salido del régimen patriarcal de vida y cuya actividad económica era incipiente. Las "reivindicaciones" que propician esas doctrinas aparecían como monstruosas aberraciones para una sociedad acostumbrada a considerar las clases media y popular como constituídas por seres inferiores, cuya suerte se hallaba inexorablemente ligada a la voluntad omnímoda de la clase dirigente. Y aún para los mismos favorecidos con esas doctrinas, resultaban ellas del todo incomprensibles, acostumbrados como estaban a mirar su situación de dependencia como un hecho fatal de la vida.

Sólo a principios del presente siglo se empiezan a percibir síntomas de transformación de la mentalidad nacional en materia de concepciones sociales. La llegada al país de agitadores extranjeros produjo lentamente el despertar de las masas populares en las grandes ciudades industriales. Los conflictos del trabajo, desconocidos hasta entonces, comenzaron a hacerse relativamente frecuentes.

A medida que avanzan los años y con ellos el des-

envolvimiento económico nacional, los fenómenos apuntados arrecian y aumentan en número e importancia. Se escuchan entre las masas obreras algunos clamores de reivindicación social y se perciben en ellas los primeros síntomas de organización. Las nuevas ideas se propagan por fábricas y talleres y comienzan a desbordarse por los campos vecinos a los grandes centros urbanos. Y al mismo tiempo que hacen presa de la población obrera de la República, se infiltran en las capas sociales superiores. Grupos de estudiantes y maestros se hacen eco de los clamores de los agitadores obreros y se constituyen en los más exaltados propagadores de la guerra de clases. Por su parte, los partidos políticos también entran a preocuparse de los nuevos problemas, incluyéndolos en lugar preferente en sus programas, y algunos tímidos proyectos de leyes sobre la materia logran llegar hasta la mesa del Congreso y ser aprobados, después de largas y laboriosas discusiones.

Con todo, el ambiente general no ha cambiado sensiblemente. La vida de la República no ha sufrido aún ninguna sacudida a fondo. El control del Gobierno permanece en manos de la oligarquía dirigente; los partidos políticos, aunque un tanto resentidos en su estructura y dejando entrever los primeros síntomas de descomposición, reflejan aún, en sus diversas tendencias, el sentir de la opinión nacional. Las prédicas revolucionarias son duramente condenadas por la masa culta del país y encuentran, al parecer, sólo escaso ambiente entre los elementos populares. No era, sin embargo, que éstos no estuvieran preparados para escucharla; faltábales sólo un caudillo, cuya voz fuera lo suficientemente potente para hacerlas despertar de su modorra centenaria.

Y, como sucede siempre en situaciones semejantes, el caudillo no tardó en aparecer.

Las elecciones presidenciales de 1920 marcan el comienzo de una nueva era en la vida nacional.

Con una maestría que difícilmente podrá ser superada, supo Alessandri enarbolar, como emblema de su campaña política, la bandera de las reivindicaciones sociales. La elocuente palabra del tribuno, que con frases cálidas y vibrantes anunciaba al país el advenimiento de una era de bienestar nunca soñada hasta entonces, produjo efectos mágicos. Toda la clase media y popular del país se puso decididamente del lado de quien a sí mismo se llamaba el candidato del pueblo, de "su" pueblo. . .

Por primera vez en Chile, la lucha política degenera en lucha social.

Llegado al poder, el hábil conductor de multitudes se manifiesta como un pésimo conductor de pueblos. La situación de las clases menesterosas, que tanto esperaban de la acción del caudillo, lejos de mejorar, empeora considerablemente desde que éste entra a la Moneda. La lucha de clases, suspendida momentáneamente después del triunfo de la corriente popular, se renueva con vehemencia, en forma de conflictos de todo género. Los antagonismos entre capital y trabajo se hacen cada día más profundos, y dan origen a una serie interminable de huelgas y trastornos, que el Gobierno se manifiesta incapaz de evitar. El valor de la moneda desciende hasta límites nunca alcanzados antes, y el costo de la vida aumenta en proporción directa de aquel descenso.

Como un medio de contrarrestar la ola de despresti-

gio que amenaza sepultarlo, el Presidente recurre a golpes de efecto, con los que sólo consigue ahondar el mal. Sus incidencias con el Senado le dan ocasión para reiterar públicamente su profesión de fe manifestada como candidato: si sus promesas permanecen incumplidas, no es ciertamente por su culpa; es el Senado, es la vieja oligarquía plutocrática la que se opone a su labor de redención social.

La guerra social quedó, pues, planteada de un modo decisivo por Alessandri; pero éste no supo ganarla, pues fué incapaz de concretar, durante su gobierno, las nuevas aspiraciones que su palabra inspirara en el alma nacional. Demolidor de la oligarquía hasta entonces imperante, careció de facultades para reemplazar esa fuerza política por otra que encarnara las nuevas tendencias. Vióse, por ello, obligado a gobernar con los desechos de los partidos políticos tradicionales, es decir, con elementos en su mayor parte oportunistas, faltos de capacidad y de entereza moral, que lo llevaron al más rotundo fracaso.

El movimiento militar de Setiembre de 1924 señala el término de esta lucha. Contrariamente a lo que se ha afirmado, dicho movimiento no fué premeditado. Fué un fenómeno espontáneo, consecuencia obligada de la lucha social iniciada en las urnas de 1920 y de la incapacidad demostrada por el candidato triunfante para transformar en realidad sus promesas eleccionarias. Socialmente, ese movimiento significó el **triunfo definitivo de las clases populares sobre la vieja oligarquía**; políticamente, **la muerte del régimen de gobierno democrático-parlamentario** y, por ende, de los partidos históri-

cos como fuerza política. Alessandri, derrotado por ese movimiento como gobernante, triunfaba, en cambio, como caudillo.

Los dirigentes de la política chilena tradicional, no supieron o no quisieron comprender el verdadero y trascendental alcance de la revolución de Setiembre. Creyeron, en efecto, que esa revolución no había hecho sino eliminar a un gobernante inepto, para restablecer el predominio de la antigua política de partidos, sin modificar en nada la estructura política y social de la República. Al amparo de una Junta de Gobierno desorientada y débil, se dieron a la tarea de reconstituir sus fuerzas maltrechas y desorganizadas por cuatro años de violentas luchas, y se aprontaron para reasumir, como antaño, la dirección de la cosa pública.

En estos preparativos los sorprendió el nuevo levantamiento militar de Enero de 1925, que vino a precisar el verdadero alcance de **revolución social** que tuvo el movimiento de fuerza iniciado algunos meses antes. No se trataba de eliminar un hombre, sino que todo el régimen social y político imperante hasta entonces. Se trataba de transformar radicalmente el ritmo de vida de la nación, dando al Estado, además de su función política, una función social preponderante, y desposeyendo de sus privilegios a la clase que hasta entonces había tenido en sus manos la dirección de los intereses colectivos.

Se entabla, de este modo, una guerra sorda entre los restos de la antigua oligarquía, por una parte, que no se resigna a aceptar la pérdida de su centenaria situación de predominio, y el nuevo sentimiento popular, por la otra, que, aunque consciente de su triunfo y de su fuerza, no encuentra una forma política adecuada para darle consistencia. La oligarquía liberal se refugia y

concentra en los partidos históricos, que pugnan por mantener la cohesión en sus filas; a su vez, el germen socialista que anida en la masa, falto de una fuerza organizada que lo encauce, acude a buscar amparo en el Ejército. Civilidad y constitucionalidad pasan a ser sinónimos de reacción plutocrática; militarismo y dictadura, la encarnación de las nuevas aspiraciones socialistas.

Consecuencia de la lucha entre estas dos tendencias, es la sucesión alternativa, desde entonces hasta la fecha, de dictaduras y fugaces regímenes constitucionales. Es así como al movimiento de Enero de 1925, sigue casi de inmediato un intento de reacción del constitucionalismo, mediante el restablecimiento en el poder del Presidente Alessandri, maniobra que, a su vez, es anulada por el contragolpe dictatorial que motivó la segunda caída de este mandatario. El nuevo intento raccionario de la oligarquía, caracterizado por el "retorno a la **constitucionalidad**" bajo la presidencia de Figueroa, tampoco fué duradero, y lo vemos caer muy pronto y con estrépito, vencido por la dictadura militar de Ibáñez. Este mandatario se dió a la tarea de destruir y dispersar hasta los últimos jirones de las huestes políticas de la reacción, pero, desgraciadamente, no tuvo visión de estadista para permitir que bajo su gobierno se organizara la nueva fuerza nacional que viniera a reemplazarlas. Fué éste, indudablemente, el mayor de los desaciertos del Dictador, cuyos despilfarros y errores administrativos pierden toda importancia frente a la descomposición espiritual y a la degradación moral en que su política personalista y torpe sumió a la República.

Llegamos, por fin, a la revolución de Julio de 1931. El país, en un soberbio gesto de rebelión, logra unir sus fuerzas morales desquiciadas y dispersas por cuatro años de vejámenes, y echar por tierra un régimen de arbitrariedad y de opresión.

Por desgracia, esa fuerza moral avasalladora, que fué capaz de derribar una tiranía que parecía invulnerable, no tuvo consistencia. Nacida por la presión de las circunstancias, careció en absoluto de orientaciones. Sus heterogéneos componentes sólo estaban de acuerdo en una finalidad: el derrocamiento de la dictadura; conseguido este objetivo, desapareció el único vínculo que la había traído a la vida, y con ello sobrevino el desbande.

Aunque con caracteres externos diferentes y aún opuestos, se reproduce, pues, exactamente, en esta nueva etapa de la vida nacional, el fenómeno que ya nos fué dado contemplar en 1924: la nación, en un esfuerzo nacido de su instinto de conservación, se rebela contra un régimen de gobierno que la conduce a la ruina, pero es incapaz, en seguida, de aprovechar este esfuerzo. En 1931, como en 1924, la revolución carece de una fuerza estable que pueda conducirla a puerto. Pasados los primeros días de fervor patriótico y llegada la hora de la reconstrucción, sobrevienen casi en seguida el desconcierto y las discordias. Una vez más los restos dispersos de los viejos partidos creen que la revolución ha sido hecha en beneficio de ellos; una vez más, bajo una capa de civilismo y constitucionalidad, los elementos del liberalismo decrépito pretenden tomar para sí la dirección de la cosa pública. ¡Las dolorosas experiencias de cerca de diez años de fracasos y disturbios, no han sido suficientes para enseñar al país que es vano intento el pretender gobernarse con cadáveres!

Pues cadáveres son, hace ya años, los históricos partidos políticos de Chile. Esos partidos, que nacie-

ron y plasmaron sus doctrinas en la etapa liberal de nuestra historia, murieron para siempre, junto con la época que les dió vida. Y tan vana tarea es pretender resucitarlos, cambiándoles sus nombres y programas, como querer restablecer ese pasado, ya definitivamente ido.

Lo que decimos de los partidos chilenos, debemos decirlo también de sus hombres dirigentes. El alma política de esos hombres está plasmada en una ideología anacrónica y en un concepto de la vida que no corresponde al ritmo de la hora presente. El espíritu del siglo pasado domina en ellos. A pesar de las aparentes mutaciones que muchos de esos hombres hayan podido experimentar en sus tendencias doctrinarias, en el fondo, en la estructura interna de cada uno de ellos, subsiste la antigua mentalidad democrático-liberal, que les impide comprender y medir en su verdadero alcance los fenómenos colectivos frente a los cuales les corresponde actuar. La Constitución, la ley, la libertad, continúan siendo para esos hombres, como lo fueron para nuestros abuelos, conceptos políticos intangibles, especies de fetiches, ante cuya majestad deben doblegarse todas las demás concepciones y problemas.

Es por esto que, posesionados nuevamente del poder los viejos partidos y sus hombres, no fuera aventurado predecir el derrumbe a corto plazo del régimen anacrónico que pretendieron restablecer en Chile. Un gobierno sin alma y cuya mentalidad política distaba treinta años de la hora presente, no podía mantenerse: su sentencia de muerte, fatal, ineludible, quedaba dictada al día siguiente de la revolución que lo llevó al poder.

Hubo, sin embargo, un medio de evitar la catástrofe. Derrocada la dictadura que oprimía la conciencia na-

cional y le impedía manifestarse libremente, y restablecidas — con amplitud excesiva, por cierto — las libertades públicas, la opinión sana del país debió aprovechar esta oportunidad que se le ofrecía, para organizar la fuerza espiritual que habría de encauzar la nación por sus nuevos derroteros. Pero, como en tantas otras ocasiones, también esta vez la oportunidad fué desperdiciada. Aunque en el sentir de todos estaba la necesidad de reemplazar las carcomidas fuerzas políticas que se unieron en torno al gobierno del Presidente Montero, nadie acertó a materializar una acción en ese sentido. Se prefirió seguir contemplando, como hasta entonces, desde el balcón el desarrollo de los acontecimientos, y no fueron suficientes los destellos trágicos de Coquimbo y Copiapó para despertar la conciencia nacional, que dormitaba plácidamente, en espera de que, una vez más, la legendaria buena estrella de Chile nos habría de proteger de la borrasca que se vislumbraba.

El despertar ha sido rudo. A la placidez de varios meses, han sucedido, en pocas horas, el estupor y el pánico. ¡Todo ese hermoso castillo de Constitucionalidad, ha caído derribado en ruinas, al primer embate de un pequeño grupo de audaces!

Un nuevo y desesperado esfuerzo de la oligarquía democrático-liberal, para retener en sus manos las riendas del gobierno, ha fracasado. Y ha fracasado, no por la acción de los hombres que hicieron la revolución que se ha dado en llamar "socialista", simples y efímeros muñecos de un hondo proceso histórico, sino que por la fuerza natural de los acontecimientos, que no permiten que se les desvíe o detenga en su curso fatal. La historia es irreversible, y el pueblo que pretende desconocer este hecho, obstinándose en resucitar un pasado que podrá añorar, pero no hacer revivir, está condenado, fatalmente, a morir.

*

* *

Chile se encuentra, en estos momentos, en una de esas encrucijadas de la vida de las naciones, en que del camino que ellas escojan, depende su porvenir histórico.

Dos son los caminos que se presentan ante nuestros ojos. Es uno de ellos el que hasta ahora hemos seguido, y es éste, sin duda, el más fácil de seguir. Para hacerlo, nos bastará continuar bajando la pendiente, arrastrados por los acontecimientos y sin preocuparnos del abismo que se abre a nuestros pies. Seguiremos por él, dejando cada día en el lodo un jirón de nuestra nacionalidad. Sufriremos nuevas dictaduras y efímeras reacciones; elaboraremos, una en pos de otra, nuevas Constituciones políticas, con la ingénuo esperanza de que éstas habrán de restituirnos una "normalidad" que nunca llegará; a cada cambio de gobierno, la eterna ilusión popular se embriagará con nuevas y brillantes promesas, que casi en seguida se transformarán en otros tantos desengaños. Juguetes del capricho de algunos ambiciosos, seremos mudos testigos de revueltas sin fin, hoy militares, mañana comunistas, cada una de las cuales será un paso más por el camino del caos y la anarquía.

El otro camino es más difícil de seguir, pues su senda es escarpada y requiere, para escalarla, de un gran esfuerzo de voluntad. Pero, aunque llena de escollos, es esta senda la única que podemos escoger, si deseamos reconquistar para Chile su prestigio de nación poderosa y culta, si deseamos restablecer en esta tierra la paz política y social, si deseamos legar a nuestros hijos una patria grande y respetada y no un hacinamiento de escombros.

Del rápido análisis que hemos practicado de los fenómenos políticos y sociales que han sacudido a Chile en el último decenio, se desprende un hecho que constituye la causa real y única del desconcierto que hoy nos agobia. Ese hecho, preciso y fatal, que hasta ahora no ha sido reconocido con la necesaria claridad, lo constituye, como ya dijimos, el **desaparecimiento definitivo de toda una etapa de nuestra vida ciudadana: la etapa democrático-liberal.**

La muerte del liberalismo económico es un fenómeno que para nadie puede ser ya motivo de discusión. Los conceptos socialistas de la economía se han impuesto en la conciencia colectiva, y sería un loco o un necio quien pretendiera negar este hecho u oponerse a su realización. Pero, junto con morir el liberalismo económico, **ha muerto también el liberalismo político.** La democracia individualista, instaurada por los revolucionarios franceses a fines del siglo XVIII, fué un fenómeno correlativo con el individualismo económico nacido en esa misma época. La una y el otro no constituyeron sino las manifestaciones inseparables de un estado espiritual único, que tendía a dejar en libertad todas las fuerzas creadoras del hombre, para ponerlas al servicio de sus apetitos económicos. El régimen democrático-parlamentario fué indispensable para el normal desarrollo de la economía liberal. El capitalismo industrial y comercial necesitaba de la más amplia libertad política para el desenvolvimiento de sus empresas; necesitaba del sufragio universal para poder controlar con su dinero la dirección de la cosa pública; necesitaba del constitucionalismo parlamentario para contrarrestar y anular la fuerza moral de los gobernantes que pretendieran oponerse a sus especulaciones.

Ahora bien, muerta esa economía libre y sin con-

trol, y reemplazado el concepto de “botín” de la antigua era individualista, por el concepto de “función social” de la nueva era socialista, ha muerto también, necesariamente, la democracia política, que sirvió de instrumento y de palanca al individualismo económico. Así como la economía liberal necesitó para prosperar de un sistema político también liberal, así la economía socialista requiere, para surgir y fructificar, **de un sistema político socialista.**

El error de los hombres que han dirigido la política chilena en lo que va corrido de la era económico-socialista de Chile, iniciada en 1920, ha consistido, precisamente, en desconocer la íntima relación que existe entre la economía de las naciones y sus sistemas de gobierno. Se ha pretendido y se pretendió realizar la economía socialista manteniendo el régimen democrático-parlamentario de gobierno, o sea, **haciendo una amalgama híbrida entre el socialismo económico y el liberalismo político.** Los partidos políticos de la era liberal, han creído suficiente, para amoldarse a las nuevas circunstancias, cambiar algunos puntos de sus programas, incluir en ellos conceptos sociales y económicos más o menos avanzados, pero manteniendo rígida su estructura espiritual, sus ideologías democrático-parlamentarias, sus abstracciones acerca de la libertad e igualdad ciudadanas, en una palabra, su concepción liberal del Estado. De aquí el fracaso de esos partidos cada vez que han pretendido reasumir el poder; de aquí su absoluta desvinculación de la opinión nacional; de aquí su muerte definitiva, mal que les pese a los éternos ilusos que creen poder infundir nueva vitalidad a esos organismos, mediante fusiones, cambios de nombres o abstractas reformas doctrinarias.

Pero, de aquí también la imperiosa necesidad de

reemplazar esos partidos, que ya hicieron época, por una nueva fuerza política; de reemplazar en el alma nacional la concepción liberal del Estado, **por la concepción socialista del Estado.**

Es éste el segundo de los caminos indicados. **Es ésta la tarea que ha resuelto echar sobre sus hombros el Movimiento Nacional-Socialista de Chile.**

¿Qué es el nacismo?

Ya lo hemos definido. **Es un movimiento, que tiende a organizar y a unir en un sólo haz la sana opinión pública de Chile, hoy desorientada y dispersa, para constituir con ella una fuerza nacional, que esté en condiciones de encauzar y dirigir, por medio de sus individuos de selección, los nuevos destinos políticos, sociales y económicos de la República.**

El nacismo es, ante todo, **un movimiento nacional:** no es un partido político, al estilo de los viejos partidos de la época liberal. Su finalidad no consiste en pretender realizar un programa rígido y dogmático, sino que en crear una fuerza civil, plétórica de vida, de la que habrá de surgir una nueva concepción del Estado, en armonía con las tendencias sociales, económicas y espirituales del siglo.

El nacismo es un **movimiento popular.** En él habrán de tomar parte todos aquellos chilenos que sientan el deseo vehemente de encauzar por nuevas vías los destinos nacionales, todos aquellos en cuyo fondo arda aún el anhelo de levantar a la Patria de la postración y la miseria en que hoy la vemos sumida. El pueblo de Chile, esa masa inmensa que sólo desea paz y trabajo, constituye la base de nuestra organización. Todas las

fuerzas creadoras de la nación: el industrial y el obrero, el profesional y el empleado, hallarán colocación en nuestras filas, para laborar en común por el mejoramiento colectivo. En nuestra marcha impetuosa a la conquista del porvenir, irán estrechamente unidos los trabajadores del músculo y del cerebro, el hombre de alcurnia y el proletario.

El nacismo es una **fuerza moral**. Los valores espirituales de la raza, la hombría, la rectitud de intención, la fe inquebrantable en los destinos de la Patria, en una palabra, todos esos dones morales con que la Providencia colmó a nuestra nacionalidad y que hoy parecen adormecidos, serán rehabilitados por nosotros y concentrados en un impulso potente, que restablecerá el prestigio nacional, traerá paz y tranquilidad a las conciencias y hará vibrar hasta las últimas fibras de la nación en un grandioso ritmo de trabajo, de orden y de justicia social. **Restablecer en Chile el orgullo de raza**, he ahí nuestra misión fundamental.

Pero, junto con constituir una fuerza moral, el nacismo sabrá ser también una **fuerza física**, que a la violencia no trepidará en responder con la violencia. Condenable en principio, la violencia es necesaria cuando la razón se hace impotente para imponer la cordura. Las ideas no pueden combatirse con ideas, cuando quienes las sustentan echan mano de los medios más brutales y vedados para el logro de sus fines. En tales casos, a la fuerza es necesario responder con la fuerza; al ataque, con el contraataque. Por lo tanto, las hordas extremistas, que pretenden arrasar a sangre y fuego todo el edificio de una inmensa cultura, serán puestas en jaque por nuestras jóvenes legiones, a cuyos pasos marciales volverán a vibrar, con optimismo decidido y fervoroso, hasta los más apartados rincones de Chile.

El nazismo es un **movimiento socialista**. Pero nuestro socialismo no tiene punto alguno de contacto con el marxismo internacional, ni con ninguna de esas doctrinas utópicas, que hacen girar la grandeza y felicidad de los pueblos en torno, exclusivamente, al materialismo económico. El socialismo nazi no está fundado en la lucha de clases, sino que en la cooperación de los diversos grupos sociales; no está fundado en la contraposición innoble y hostil de aquellos que codician las riquezas y aquellos que las poseen, sino que en la íntima colaboración de todas las fuerzas creadoras de la nación, para obtener de ellas el máximum de rendimiento en beneficio colectivo; no está fundado en el predominio de una clase, sino que en la elevación material y moral de todo un pueblo.

Somos socialistas en el sentido de que, en todas las actividades nacionales, deseamos que el concepto de lucro, de interés individual, sea reemplazado por el de **"función social"**. El individuo, junto con laborar para sí, debe laborar para la colectividad, y en la lucha de sus intereses personales con el interés colectivo, debe predominar éste sobre aquéllos. No pretendemos la nivelación sistemática de los individuos, pues ello, además de no ser posible dentro de las condiciones de la naturaleza humana, sería en extremo perjudicial para el desarrollo y progreso de la colectividad. El más capaz tiene derecho a surgir y triunfar en la vida, y no sólo tiene el derecho a ello, sino el deber de hacerlo. Cada individuo está en la obligación de poner al servicio de la sociedad sus fuerzas físicas e intelectuales, de tenderlas al máximum y transformarlas en una herramienta del progreso general. El hombre de Estado, el obrero, el comerciante, desempeñan, cada uno en su respectiva actividad, una función social. Cada uno de ellos de-

be, por lo tanto, sentir y comprender el hondo y necesario alcance de su misión, y no considerarse deprimido por ella. No es el puesto el que debe prestigiar al individuo, sino que es el individuo quien debe prestigiar el puesto. Lo esencial no es ser obrero, ser abogado o ser político, sino que **saber ser** obrero **saber ser** abogado **saber ser** político. Saber serlo y tener el orgullo de serlo.

La concepción nacistá del Estado otorga a éste una amplia tuición sobre todas las actividades nacionales. Es el Estado quien debe controlar y encauzar la iniciativa particular, con el objeto de hacerla rendir el máximo de eficiencia en beneficio del interés general; es el Estado quien debe reprimir las degeneraciones y vilezas del capitalismo parasitario y reducir el dinero a su sana función de instrumento de producción y de progreso; es el Estado quien debe protección al que trabaja y asistencia al desvalido. El Estado, tal como nosotros lo concebimos, es el motor e inspirador supremo de la vida nacional en sus múltiples manifestaciones, ya sean éstas administrativas o económicas, intelectuales o afectivas.

El socialismo nacistá se traduce, por lo tanto, en la concepción del individuo como un **servidor del Estado**. Es por ello que el corolario obligado de nuestra ética política es **la disciplina**. Siendo para nosotros "socialismo" sinónimo de orden, de selección, de renunciamiento del individuo en beneficio de la colectividad, no es posible concebir su realización sin una sólida disciplina. Disciplina espiritual más que física, disciplina de convicción y no de imposición. Disciplina que permita colocar a cada cual en el puesto que por su capacidad le corresponda, que permita compeler al pudiente a des- prenderse de parte de su haber en beneficio del menes-

teroso, que permita coordinar todas las energías individuales de la nación, para hacerlas actuar en un solo impulso de prosperidad y de grandeza.

El nacismo, por último, antes que los programas, **considera los hombres.** Es necio pretender modificar las condiciones de existencia de un pueblo con la simple elaboración de programas doctrinarios. Esos programas, por más generosos y avanzados que sean, no lograrán salir del papel en que están escritos, si para cumplirlos no se cuenta con los elementos humanos necesarios. Tenemos, por cierto, un bello programa de tendencias políticas, sociales y económicas claras y definidas; pero no nos forjamos ilusiones acerca de la posibilidad de cumplir ese programa, si previamente no contamos con los hombres capaces de llevarlo a la realidad. De aquí que, junto con organizar en torno a nuestras ideologías las fuerzas activas de la nación, nos dediquemos, también, desde un principio, a la tarea de seleccionar los elementos humanos que, en la hora oportuna, habrán de hacer una realidad de nuestras aspiraciones. Chile, en los actuales momentos, más que programas, requiere hombres. Requiere personalidades vigorosas y resueltas, aptas para la acción y con un claro concepto de sus deberes para con la colectividad. Esas personalidades existen en Chile, como existen en toda nación joven y fundamentalmente sana; por eso, sólo precisa destacarlas, despejando el ambiente del vaho de inmoralidad, pesimismo y desconcierto que hoy todo lo invade.

Es tiempo ya de que los hombres sanos de esta tierra se decidan a actuar. Es tiempo ya de que la audacia de los grupos de ineptos e inescrupulosos que hace varios lustros se disputan el gobierno del país, no

continúe disponiendo a su antojo de los destinos de la Patria; es tiempo de que la añeja politiquería de círculos y caudillos, triste despojo de una política que en su tiempo fué grande y útil, pero que ya hizo época, ceda el paso a las nuevas fuerzas espirituales que surgen incontenibles de norte a sur de la República. Sólo la unión disciplinada de esas fuerzas tendrá poder suficiente para poner atajo al caudillaje que despedaza la nación; sólo ese haz espiritual, libre de compromisos y de prejuicios de castas, será capaz de detener la ola de anarquía que hoy nos inunda; sólo la unión férrea de los elementos más selectos de la raza, de aquellos que aún sienten bullir en sus venas la sangre de Arauco y de España, puede darnos la fuerza necesaria para ahogar los postreros estertores de la reacción plutocrática y hacer morder el polvo al comunismo moscovita.

Esa fuerza, ya lo hemos dicho, va a ser constituida por el **Movimiento Nacional-Socialista de Chile**. En torno a nuestros ideales acudirán a agruparse todos los verdaderos chilenos, sin distinción de credos, ni de tendencias, ni de condición social. Todo el que en el fondo de su alma sienta aún vibrar las fibras del orgullo de la raza, todo el que aún crea en los gloriosos destinos de esta tierra, habrá de unirse a nosotros para trabajar, bravamente y hombro contra hombro, por la reconstrucción de la Patria.

Dura será la tarea, pero cada vez que en la brega sintamos flaquear nuestras fuerzas, sabremos cobrar nuevos bríos y recordar la promesa del nacista, que pres-táramos en hora solemne:

En el nombre de Chile, en el nombre de los que labraron el prestigio y la gloria de Chile, juro consagrarme, por entero y por siempre, a la grandeza de Chile.



IMPRESA "CÓNDOR"

FONTECILLA 268

Teléfono 84287

1932

